

24



24

Legado trágico

Victor Mac Laglen June Collyer



25
CTS

La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.
Barcelona Tel. 18551

Año II N.º 24

HANGMAN'S HOUSE 1928

Legado Trágico

Emocionante producción, interpretada por
JUNE COLLYER, VICTOR MAC LAGLEN,
EARLE FOXE, HOBART BOSWORTH
y LARRY KENT



SUPERPRODUCCIÓN «FOX»

Exclusiva de

Hispano Foxfilms, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona

LEGADO TRÁGICO

Argumento de la Película

El comandante Hogan había hallado en la Legión Extranjera francesa, amistad, consideración y olvido.

En Argelia, abrazando cordialmente la misión de civilizar a los rebeldes de tostada tez, cumplía como bueno y se consideraba, aparte de la añoranza que experimentaba lejos de su patria, feliz, con esa alegría que produce el cumplimiento del deber.

Sus compañeros, superiores o subalternos, le tenían en gran estima por sus altas virtudes de soldado, y todos le citaban como ejemplo de honor y valor a toda prueba.

Aquel día, los oficiales hallábanse en la "pototte", cuando alguien anunció, con visible satisfacción:

—El comandante Hogan ha vuelto sano y salvo de su ronda,

En el rostro de todos los presentes se reflejó el júbilo que les causaba aquella noticia. Hacía varios días que no se sabía nada del comandante, y empezaban a temer por su suerte.

Hogan apeábase en aquellos momentos de su montura, en el patio del cuartel, y después de refrescarse el rostro bañándolo en agua, entró en la cantina de sus camaradas.

Se le dispensó afectuosa acogida y púsose un cubierto más a la mesa.

Hogan bebió una copita de licor, e iba a dar cuenta de la comida, con buen apetito, para compensarse de la frugalidad de las anteriores, cuando le entregaron, recién acabado de llegar, un cablegrama.

Con la venia de sus compañeros, Hogan rasgó el envoltorio y leyó en el parte... algo que le heló la sangre, primero, y que, luego, enrojeció sus mejillas, como si fuera a estrangular a alguien.

Sus compañeros le contemplaron con asombro, y Hogan, cuadrándose ante el coronel, que presidía la mesa, dijo reciamente:

—Señor, me veo precisado a solicitar licencia para volver a mi patria inmediatamente.

La sorpresa de los oficiales era indescriptible.

El coronel comprendió que un asunto gravísimo obligaba al comandante a tomar aque-

lla brusca decisión, y para cerciorarse de qué había oido bien, inquirió:

—¿A su patria, ha dicho usted? ¿A Irlanda?
Hogán asintió.

Entonces un capitán, levantándose de su silla, se inclinó sobre la mesa hacia el comandante y dijo, a su vez, en el paroxismo de la sorpresa:

—¿A Irlanda, donde se ha puesto precio a su cabeza? ¿Por qué correr semejante riesgo?

Sin inmutarse, firme en el plan que acababa de trazarse, replicó Hogan:

—¡Tengo que dar muerte a un hombre!

Se hizo el mayor silencio. Nadie se atrevió a censurar la amenaza que lanzaba el compañero. Sus poderosas razones tendría para matar, anunciando antes su intención.

Y uno de los camaradas, haciéndose, sin duda, eco del sentir general, alzó su copa de vino en honor de Hogan y exclamó:

—¡Viva el comandante!

Sucedió al brindis un continuo choque de cristales, y Hogan agradecía, emocionado, las muestras de amistad y confianza de sus hermanos de armas.

* * *

En Irlanda, la Verde Erín, tan pequeña en territorio como grande es el amor de sus hijos, se alzaba la morada del juez O'Brien, sobre la que parecía pesar la maldición de infinitas víctimas del verdugo.

Era un castillo almenado que hundía sus flancos en las aguas de un lago y de imponente aspecto, soberbio, inexpugnable, inseguible como su propietario.

La gente del lugar se detenia al cruzar la severa mansión, y tendiendo sus puños hacia la misma, solía lanzar los siguientes o parecidos apóstrofes:

—¡Maldito seas, juez implacable! ¡Maldito sea tu castillo y todo cuanto hay en él!

Así, unos y otros, deseando todos, sin excepción alguna, la peor de las suertes al esbirro sin alma.

Este, barón O'Brien, de Glenmalure, juez rígido y duro, que en su larga vida jamás tuvo piedad de nadie, se hallaba, a la sazón, arrellanado en un sillón junto al fuego de la chimenea, donde crepitaban resecos trozos de troncos de árboles de sus vastas propiedades.

Todo en él hablaba de inflexibilidad y no

se asomaba a sus ojos la más pequeña huella de simpatía.

De pronto, penetraron en la estancia el mayordomo del juez y el doctor, y éste, que había celebrado consulta con un colega, también presente en aquel momento, dijo al verdugo:

—Ha enviado usted muchos hombres a la muerte... ¿Se considera usted preparado para escuchar "su" sentencia?

El juez le miró fijamente, sin dejar traslucir su pensamiento interno, y repuso:

—Veamos el veredicto, doctor.

Y así se expresó el médico de cabecera:

—Le quedan pocos días de vida... una semana... a lo sumo un mes.

Pronunciada la sentencia, retiróse el doctor, seguido de su colega y del mayordomo del juez; y éste, resignadamente, sin el menor asomo de protesta contra su próximo fin, siguió arrellanado en el sillón junto al fuego de la chimenea...

Pero una idea se apoderó de súbito de él, transformándose en pesadilla.

¿Había obrado bien en el ejercicio de su carrera de justiciero?

Estaba convencido de que nadie podía haber procedido con más acierto, teniendo en cuenta que su lema era: El pecado merece un castigo ejemplar.

Pero, sin embargo, algo le remordía la con-

ciencia... Se afirmaba en su opinión de que no pudo obrar mejor, y no le era posible sustraerse a la visión, que surgía del fuego del hogar, de sus víctimas camino del patíbulo. Jóvenes o viejos, cuantos fueron suprimidos de este mundo a una orden suya, se le aparecían, recordándole su残酷. Luego, las familias de los condenados a muerte rugían como fieras bailando sobre las llamas de la chimenea, cerrando los puños, como si se dispusieran a descárgalos sobre el implacable juez.

Estas emociones eran las que, sin que él quisiera reconocerlo, le iban dando, lenta, pero eficazmente, la muerte. La maldición de todos se cernía sobre su cabeza como nueva espada de Damocles pronta a dar por terminada una vida de tragedias sin fin.

Contrastando con la rudeza del juez, vivía en su compañía su hija Constanza O'Brien, diáfana perla que reinaba dulcemente en la esmeralda de Glenmalure.

Todo lo que tenía de duro el juez, convertíase en Constanza en suavidades; por lo que era necesario esforzarse para dar crédito a que tal padre hubiese creado tal hija.

A pesar de que la gente del lugar odiaba a muerte al juez, nunca conoció Constanza la menor desconsideración de esa misma gente para con ella, porque se había hecho apreciar de todos por sus virtudes que la llevaban

siempre allá donde su mano podía consolar un pesar.

Dermot Mac Dermot, joven propietario del lugar, amaba a Constanza desde la más tierna infancia, y su única preocupación consistía en hacerla su esposa.

Paseábanse juntos por los verdes caminos, lejos de todos, sintiéndose felices en su buscada soledad, y cuando cruzaban a alguien, recibían un cariñoso saludo, y con él, la expresión de la simpatía que ambos inspiraban. No eran, pues, sólo ellos mismos los que opinaban que formaban una buena pareja, sino también los lugareños, que verían con buenos ojos la unión de los jóvenes.

Dermot estaba decidido a concretar sus anhelos con Constanza, y de pronto, estrechándose amorosamente las manos, le dijo:

—Constanza, ya que tú me has dado el corazón, esta noche pienso pedir tu mano a tu padre.

Constanza le miró con ojos velados, y no pudo articular palabra. ¿Le sorprendía aquella revelación, consecuencia lógica de las relaciones que había sostenido hasta entonces con Dermot? ¿Era, acaso, la emoción?

Dermot la contempló con extrañeza, no comprendiendo la actitud que bruscamente había tomado, cuando él esperaba que sus palabras le harían estremecer de felicidad; y el

temor de que ella se negase a dar cima a sus más caras ilusiones, ensombreció a su vez su semblante.

Hubo un momento de pesado silencio. Al fin, Dermot pudo decir:

—Pareces triste... ¿Es que no quieres que lo haga?

Constanza murmuró, no osando mirarle fijamente:

—Demasiado tarde, Dermot...

¿Qué decía Constanza? ¡Demasiado tarde! ¿Qué significaban aquellas palabras, tan graves, tan inesperadas?

Con irreprimible exaltación, Dermot exclamó:

—¡Pero si siempre nos hemos amado! ¿Qué ha sucedido?

Quedamente, como si no tuviera fuerzas para hablar, Constanza replicó:

—Mi padre está próximo a morir. Su muerte le será más dulce si me caso con Harry D'Arcy...

Dermot sintió que un dolor agudo, insufrible, atenazaba su corazón. ¿Era posible que Constanza se casara con otro hombre, cuando él, desde la niñez, no había alimentado mayor esperanza que ser su esposo?

Sí, Constanza se lo acababa de decir, y comprendía que ya no había remedio... La hija estaba dispuesta a sacrificarse por el pa-

dre, quien conservaba su crueldad hasta los umbrales de la muerte, creyendo obrar bien, sin duda, como siempre...

Era preciso, pues, resignarse; renunciar a Constanza, aunque esto fuese la muerte para su alma.

Le estrechó cariñosamente las manos, sin rencor, naturalmente, puesto que la amaba con todo el fuego de su juventud, virgen de cariño de mujer, y que ella no era culpable de que destrozase sus ansias; y alejóse como un autómata hacia su morada, una de las más señoriales de Glenmalure.

Constanza encaminóse silenciosamente hacia su hogar, tan triste, tan odiado de todos, pero su hogar al fin, y de sus ojos brotaban amargas lágrimas. El sacrificio que, inconscientemente, cruelmente, le exigía su padre, sin preocuparse de saber si el corazón de su hija tenía ya dueño, era superior a sus fuerzas. Amando como amaba, con alma y vida, a Dermot, ¿cómo podría unirse a otro hombre, a Harry D'Arcy, precisamente?

Cerró los ojos para rechazar la repugnante visión de Arcy pretendiendo besarla, y siguió adelante.

Pero ¿qué sería de ella si se casaba con D'Arcy? Y... ¿qué de Dermot, de cuyo amor estaba tan segura como de que nunca más lo graría amar a otra mujer?

¡Señor, qué pena! ¿Y si se rebelase contra la voluntad paterna? Se asustó sólo de pensarlo. Siempre fué una hija sumisa, una delicada flor de hogar, dispuesta en todo momento a ser grata, y no tendría valor de afrontar las consecuencias de una rebeldía, consecuencias para ella y para su padre al mismo tiempo, preocupándole exclusivamente las que pudiera tener para éste. ¿No sería precipitar su muerte, amargando sus posteriores instantes de vida?

Constanza se consideró cercada por dos enemigos terribles: el deber y el amor. Ambos contendientes tenían afiladas espadas y ella se hallaba entre los dos filos. ¿Por cuál de los dos se decidiría? Si lo hacía por el del amor, su corazón hallaría el consuelo que necesitaba; y si se inclinaba hacia el deber, caería sobre la espada enemiga del amor, encontrando la muerte para su alma... y para su padre.

¡Terrible dilema!

¿Y si hablase con su padre, suplicándole meditase bien sobre el paso que había decidido diera?

¡Oh, sí! Todo, todo antes que resignarse a aceptar sin protesta al esposo que querían imponerle y cuya dignidad era tan relativa que se avenía a ser impuesto sin amor.

En vista del diagnóstico pronunciado por el médico de cabecera, después de la consulta celebrada con un colega, el juez, por si moría con la brusquedad y rapidez que claramente le había indicado el doctor, precipitó los acontecimientos.

Así, pues, no es de extrañar que al regresar Constanza a su casa, le dijese su padre que se preparase para recibir la visita de Harry D'Arcy, a quien había invitado a cenar con ellos, para ultimar los preparativos de la boda.

Constanza hizo ademán de hablar, pero vió a su padre tan abatido, pues acababa de sufrir un ligero ataque, que renunció a decir nada, reservándose sus lamentos para más tarde.

Y, a la hora de la cena, llegó el flamante novio, Harry D'Arcy... el D'Arcy de París, de Londres, de Berlín... de todas partes, menos de la Irlanda que le vió nacer.

Vestía con elegancia, como un lord o un príncipe, tenía tipo de hombre de extensa mundología, pero, en el fondo, era un aventurero y un perfecto borracho.

Joven y de tipo de buen ver, había tenido innumerables aventuras...

No se le conoció nunca la menor renta efectiva, vitalicia; pero el caso era que vivía de



... llegó el llamante novio...

renta. ¿Cómo? Para eso estaba el ingenio... Para algo habían de servirle sus viajes a las grandes capitales del mundo.

Pero los D'Arcy eran una reputada familia

irlandesa, y eso fué lo que al juez O'Brien deslumbró: el nombre. Además, las distinguidas maneras de Harry le seducían, y como quería ambicionaría que su hija fuese una gran señora, no consideraba a nadie con más méritos que D'Arcy.

Constanza manifestaba sin ambajes a su prometido oficial la aversión que le inspiraba, pero así y todo D'Arcy estaba muy satisfecho de casarse. ¡Cualquiera desdeñaba la peregrina ocasión de asegurarse una buena comida, un buen hogar y mejores vinos, así como una mujercita muy aceptable!

El juez acarició, de sobremesa, a su hija, y entró de pleno en el asunto por el que se hallaba allí D'Arcy.

—Constanza, hija mía, la boda se celebrará ahora mismo, y moriré más tranquilo si te veo lucir el vestido de boda de tu madre.

Constanza se estremeció de espanto. ¡Cársase inmediatamente!

—No podemos esperar a mañana, hija mía... Mi vida está amenazada sin remisión, y acaso luego ya no exista... Ve a vestirte, Constanza, y cuando te vea convertida en la esposa de D'Arcy podré morir, cuando Dios lo disponga, muy dichoso.

Llegó el Pastor, a quien recibió afectuosamente el mayordomo del juez.

—¿Quién es el novio? — preguntó el sacerdote al criado.

Este, en voz queda, le respondió:

—El mal hijo de un peor padre... Harry D'Arcy, el delator.

Y el buen pastor frunció el ceño. ¡Mala pareja para la dulce Constanza! Dios debería tenerle también en cuenta al juez tamaña crudeldad, que lo era, inconcebiblemente, la entrega de la paloma al gavilán.

Constanza trató de eludir el compromiso, y dijo a su padre, discretamente, deseosa de despertar las dormidas fibras de su corazón:

—Te di mi palabra, padre mío, y la cumpliré... pero esto se lleva con tanta prisa... y...

Vació, pero dijo, al fin, no pudiendo ocultar la repulsión que le inspiraba D'Arcy:

—... no le quiero...

El juez hizo un gesto de indiferencia y añadió:

—El amor no ha entrado para nada en mis planes. Serás la mujer más importante del país.

—Pero, padre mío...

—Ya verás, mujer... Gracias a D'Arcy, las ambiciones que he acariciado siempre para ti se verán realizadas... Un hogar en Londres... el servicio diplomático... tal vez una embajada...

La suerte estaba echada: Constanza casaría

con D'Arcy, con el aventurero que había sabido deslumbrar con sus fantasías imaginativas al juez, haciéndole creer que era algo así como un príncipe en Londres, un marqués poseedor de magníficas caballerizas en París y gran diplomático en Berlín.

Mientras la novia se disponía al sacrificio, para dulcificar la muerte de un padre que no se preocupaba de asegurarle una vida feliz, por el camino de Glenmalure avanzaba un peregrino, apoyado en alto cayado.

Un viejo lugareño, que fumaba tranquilamente una pipa junto a la mansión de Dermot, oyó los cantos del caminante, y sorprendióse al oír la siguiente estrofa:

“¡Oh, los franceses ya surcan el mar!”

¿Quién era aquel peregrino?

Casualmente, el buen hombre tuvo a dos palmos de su nariz al caminante, pues éste, deteniéndose ante la verja de la mansión de Dermot, preguntóle:

—¿Puede usted indicarme el camino de Glenmalure, del castillo de los O'Brien?

El lugareño miró de hito en hito al peregrino, que ocultaba su rostro bajo la capucha, y, sonriente, respondióle:

—¡Sí que puedo, y te lo diré, ciudadano Hogan!

El peregrino palideció. ¡Era Hogan, en efecto, el comandante que había salido de Argelia

con la precipitación que requería un grave asunto!

Sonrió el comandante Hogan al lugareño, y le dijo:

—¿Me conoces?

—Ya lo creo, como conocí a tu padre, que en gloria esté. Y qué, ¿has venido desde el otro lado del mar a librar a Irlanda?

—No... ¡Esta vez sólo he venido a librarla de un miserable!

En aquellos momentos salió Dermot de su finca, a caballo. Hogan, al ver al bello cuadrúpedo, no pudo contener su admiración, y dijo a Dermot, quien no le conocía:

—Perdonad mi exaltación, caballero; pero no hay en toda la tierra caballos como los de Galway.

Dermot sonrió e iba a continuar su camino, cuando el lugareño clamó, señalando el castillo del juez:

—¡Dios nos asista! ¡La capilla de Glenmalure brilla después de treinta años de obscuridad!

Era cierto; y mientras Dermot y Hogan miraban hacia el castillo, añadió el lugareño:

—¡Sólo con motivo de boda o funeral sería capaz de encender una luz el juez implacable!

Dermot, temiendo que Constanza se estuviera casando con otro, puso al galope su caballo hacia el castillo, en tanto que Hogan te-

nía que ocultarse bajo su hábito de peregrino, pues varios policías enterados de que había desembarcado en Irlanda, le andaban buscando, ya que era cierto que su cabeza estuviese puesta a precio.

Cuando Dermot llegó al castillo, Constanza era ya la esposa de D'Arcy.

La infeliz palideció al verle, y D'Arcy dirigió una sonrisa burlona a Dermot, enterado de que era el rival desbancado.

El juez acercóse a Dermot y le dijo:

—Constanza se ha casado con Harry D'Arcy. Prométeme para ellos tu amistad.

¿Qué diría Dermot? Miró a Constanza y respondió:

—Constanza puede contar eternamente con... mi amistad.

Los novios fueron a firmar el acta matrimonial, y ya nada podía desligar los lazos de los contrayentes.

Dermot estaba anonadado, y Constanza, yendo a su encuentro, después de la firma del acta, estrechó cariñosamente sus manos.

El le dijo tristemente:

—Espero que serás feliz, Constanza...

—Ha sido voluntad de mi padre, Dermot, ya lo sabes... pero podremos pasear a caballo, charlar... como siempre lo hicimos, ¿verdad?

—Ya no eres la misma de antes, Constanza, para ti... Pero yo siempre seré tu amigo...

D'Arcy apareció, y su presencia interrumpió la plática de los dos amigos. Dermot y D'Arcy se conocían, y éste, cogiendo del brazo a aquél, se lo llevó hacia la biblioteca, para be-



... era ya la esposa de D'Arcy.

... ber unas copitas juntos... deseoso de demostrarle que seguía siendo amigo suyo... aunque le hubiese quitado la novia...

El mayordomo del juez, indignado con éste por la infamia que había cometido casando a su hija con D'Arcy, no pudo ocultarle su pen-

samiento, al verle acometido de un nuevo ataque al corazón, a consecuencia de las pesadillas que le atormentaban sin compasión, y le manifestó:

—Has sido un hombre duro, Jaime O'Brien, y pesa sobre ti una maldición... que pasará a tu hija...

El juez, herido en lo más hondo, trató de levantarse para abofetejar a su criado, pero un nuevo ataque le retuvo en el sillón... donde expiró a los pocos momentos.

El triste fin de aquel hombre duro, causó un nuevo dolor a Constanza, que veía rota su vida para siempre.

Para D'Arcy la desaparición del viejo era un consuelo, y bebía, como brindando por su suerte.

Dermot, que seguía a su lado, le aconsejaba que no bebiese, pero el aventurero hacía caso omiso de su buen consejo.

De súbito, dijo D'Arcy:

—Ya estarán abriendo un nicho en el infierno para mi suegro... y mi mujer y yo "nos" retiramos...

Dermot se sintió acometido de vehementes deseos de impedir que aquel miserable molestase en lo más mínimo a Constanza, pero desarmado por la triste realidad que era su esposa, desapareció hacia su casa.

Constanza se había casado con D'Arcy pa-

ra complacer a su padre en trance de muerte, pero no por amor. Este no llegaría nunca. De modo que, al invitarla D'Arcy a entrar con él en la cámara conyugal, negóse rotundamente, indicándole de tal modo que nunca, nunca lograría de ella el menor destello de amor.

D'Arcy, enfurecido, golpeó la puerta de la habitación de Constanza, pero su furor fué súbitamente apagado por la aparición del perro de la infeliz, quien tumbóse junto a la puerta del cuarto de su dueña, para protegerla contra los malhechores...

Luego presentóse ante D'Arcy el mayordomo, y vióse obligado, para disimular, a seguirle a la habitación, alejada de la de Constanza, que le había sido preparada.

Estaba claro que D'Arcy no gozaría de ninguna prerrogativa en el castillo, pues no contaba con ningún amigo en él.

Dermot y Constanza se vieron diariamente, por breves momentos, y esos instantes eran los únicos en que se veía sonreír a la infeliz.

Las importantes carreras de caballos de la región iban a celebrarse en breve. Constanza

haría correr su caballo favorito "El Bard"; pero al llegar el día del gran concurso, el jockey que debía montar el bello animal había desaparecido, sin que nadie supiese dar cuenta de él.

Los pobres del lugar habían apostado en favor de "El Bard", y si éste no corría, perdían las apuestas. Era preciso buscar una buena solución. Constanza pensó en Dermot, que era un excelente corredor, y le suplicó que montase "El Bard".

Dermot accedió a complacerla, en beneficio de los que habían apostado en favor del caballo, pero D'Arcy le salió al paso, tratando de oponerse a que "El Bard" tomase parte en las carreras.

Constanza extrañó la conducta de su marido, y prescindiendo de su opinión, hizo que "El Bard" corriese.

Y "El Bard" ganó, perdiendo con ello D'Arcy una importante apuesta en favor de otro caballo. ¡El miserable había apostado por otro caballo, y para que "El Bard" no ganase, había pretendido dejarlo fuera de concurso!

Algo muy importante había ocurrido un poco antes de la carrera. Ello fué que Hogan vió a D'Arcy, amenazándole para cuando terminase el concurso, pues era él a quién andaba buscando, y D'Arcy, el delator, lo denunció cobardemente a la policía, la cual, ni

corta ni perezosa, lo detuvo y encerró en el camión que la había conducido al hipódromo y desde el que pudo ver Hogan el triunfo de Dermot.

Furioso porque Dermot había sido el causante de la pérdida de su fuerte apuesta, D'Arcy, cegado por el odio, disparó a quemarropa sobre el caballo, para que no volviese jamás a correr, y los entusiastas aficionados a las carreras, que estaban aclamando a jockey y caballo, se apoderaron del criminal, para lincharlo.

Tuvo que intervenir la policía, y gracias a su intervención no desapareció de este mundo el miserable matador de un pobre e indefenso caballo.

Hogan fué encerrado en la cárcel, de la que tenía muchas esperanzas de salir, gracias a la ayuda de sus correligionarios, tan numerosos como valientes, y su deseo de venganza iba en aumento...

D'Arcy fué despreciado por toda la socie-

dad, por su vil acción, y, resuelto a cambiar de aires, solicitó de Dermot una entrevista en un cafetín, y así hablaron uno y otro:

—¿Por qué apostó usted contra el caballo de Constanza?

Bebiendo copa tras copa, el aventurero respondió:

—Apostando sobre otro, tenía mayores beneficios... Necesitaba dinero, porque quiero marcharme de Irlanda...

—¿Y abandonar a Constanza?

—Sí... Esa es una de las causas por las que he decidido marchar: Constanza no quiere ni verme...

—Además, ¿qué es lo que ha habido entre usted y Hogan, que tanto miedo parece usted tenerle?

—¡Bah! Quiere matarme, porque su hermana y yo nos amábamos, en París...

—Si la amaba usted, ¿por qué no se casó con ella?

—¡Así lo hice, animal! ¡Por eso es por lo que Hogan anda tras de mí!

Dermot lanzó un rugido, y abalanzándose a D'Arcy, le echó las manos al cuello, clamando:

—¿Y te has atrevido a casarte con Constanza?

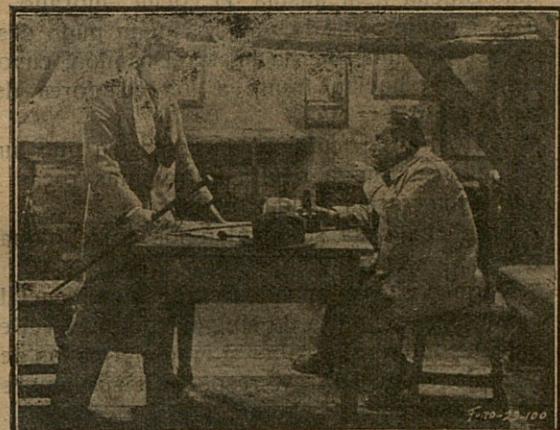
¡Oh! ¡Era bigamo!

D'Arcy trató de repeler la agresión, pero al rumor de la disputa, acudió el dueño del ca-

fetín y separó a los dos hombres, llenando de improperios al repugnante D'Arcy.

Dermot tiró sobre la mesa una cartera, diciendo al aventurero:

—¡Ahí va ese dinero y lárgate! ¡Como vuelva a verte, te mato!



—¿Y te has atrevido a casarte con Constanza?

Huyendo D'Arcy, y establecida su bigamia, Constanza sería libre y entonces...

Constanza creyó renacer al escuchar de labios de Dermot lo ocurrido. Ella no había sido nunca la esposa de D'Arcy más que por sim-

ple contrato, y éste, afortunadamente, podría romperse, anularse, como si nunca hubiese existido...

Hogan no vió defraudadas sus esperanzas de salvación puestas en sus amigos. Un camión aguardaba al pie de la reja, y atando una cadena a la misma, el coche embragó, y a su empuje cedió la reja, y Hogan pudo deslizarse por una cuerda hasta el camión, cuyos ocupantes hacían frente a los celadores del penal a tiros.

Y Hogan se ocultó en la costa, en una humilde casa amiga oculta entre unas rocas y que tenía varias salidas al mar.

En dicha casa se reunían los correligionarios de los enemigos del yugo...

Dermot y Constanza, enterados confidencialmente del escondite de Hogan, fueron a verle; pues les interesaba saber si eran ciertas las declaraciones de D'Arcy, respecto a sus amores con la hermana de Hogan.

Con muchas precauciones se permitió a Dermot entrevistarse con el valeroso comandante, quien le recibió afectuosamente.

—¿Qué deseas de mí, muchacho?—preguntóle, reconociéndole como el vencedor en las carreras de caballos.

—He venido a verle para hablarle de Harry D'Arcy. Entiendo que es el esposo de su hermana... El mes pasado se casó con la señorita

que amo... y tenga la esperanza de que este matrimonio no sea legal...

Hogan movió con disgusto la cabeza y dióle a leer el cablegrama que recibiera en África. Decía así:

“Su hermana murió aquí después haber sido abandonada por su esposo Harry D'Arcy.

“Glendon”

¡De modo que D'Arcy era libre legalmente para casarse de nuevo!



Con muchas precauciones se permitió a Dermot entrevistarse con Hogan.

—¿Está ese miserable en Glenmalure toda-vía? —preguntó Hogan.

—No, a Dios gracias. Le di algún dinero para que saliera de Irlanda.

La noticia de que D'Arcy era su esposo legal, entristeció a Constanza.

¿Y si huyesen juntos, ella y Dermot, a otro país, para vivir la existencia de amor a que tenían derecho?

Fué un pensamiento fugaz, que la digna mujer rechazó al momento. ¡Sería eternamente una desventurada!

Pero D'Arcy no se había marchado de Irlanda. Al regresar al castillo, Constanza le vió. El aventurero no quería marcharse sin haber hecho sentir sobre Constanza sus derechos de esposo. Quería compensarse de los desdenes de que ella le había hecho objeto durante todo aquel tiempo. Ella lo leyó claramente en el semblante del bandido, y pudo huir, protegida contra el bribón por el fiel perro.

Fué a casa de Dermot, a quien dijo:

—Quiero quedarme aquí, con tu madre. D'Arcy está aún en Glenmalure y ha pretendido abusar de mí.

Hacia varias noches que sucedían cosas extrañas en el castillo del juez implacable. Varios lugareños lo advirtieron, y uno de ellos advirtió a Hogan de la presencia en el mismo de D'Arcy.

Y aquella misma noche, Hogan y Dermot, coincidieron en ir a ajustar cuentas a D'Arcy, que hacía desaparecer del castillo los objetos de valor, para huir con la mayor cantidad de



Dermot y Constanza pudieron realizar su ensueño, y Hogan...

dinero posible.

Llamaron a una, dispuestos cada cual a obrar por su cuenta, nunca juntos, pues dis-

tintos motivos los llevaban allí, y D'Arcy vióse perdido al ver a su terrible enemigo Hogan.

El miseráole, para que no le acusasen de robo, había desparramado por el suelo varios trapos impregnados de petróleo, para incendiar el castillo, cuando él huyese con los últimos objetos aquella misma noche.

Hogan comprendió su criminal intención, y quiso darle muerte, sin negarle el derecho de defensa a su odioso enemigo; pero éste, a traición, le disparó un revólver, cuando Hogan iba a buscar el arma con la que debía defendérse D'Arcy.

Hogan disparó a su vez y el fogonazó prendió en uno de los trapos bañados en petróleo.

Dermot se apoderó de Hogan, arrastrándolo hacia fuera, y D'Arcy quedó dentro del castillo, que pronto fué una llama inmensa.

Los lugareños celebraron aquel fuego que daba al traste una mansión terrorífica, maldita, y su satisfacción fué doble al ver luchar a D'Arcy con las llamas, para huir de las cuales saltó desde un balcón al lago, donde, sin fuerzas para sostenerse, se ahogó.

Siempre al norte, al norte, al norte.

Dermot y Constanza pudieron realizar su ensueño, y Hogan, satisfecho de que D'Arcy hubiese ido a dar cuentas al diablo de sus hazañas por el mundo, regresó al desierto, para esperar el momento oportuno de volver a Irlanda.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

El día 11 se pondrá a la venta
en las selectas
EDICIONES ESPECIALES
de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

la formidable novela:

La Bailarina de la Ópera

por

Dolores Del Río y Charles Farrell

EMOCIONANTE ASUNTO

FILM TITÁN «FOX»

16 fotografías de página entera

Artística portada

B.